

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL CONTINUADORA DE LA UNIVERSIDAD DE SANTA FE

Ha querido el señor Rector de la Universidad Nacional del Litoral, que sea yo, como ex Rector de la Universidad de Santa Fe, el que represente en este acto, con mi palabra, a lo que hoy llamamos “la vieja Universidad”.

Extraño a la actividad docente de esta casa, no puedo, ni he podido nunca sentirme ajeno a su actividad. Hay en su vida la fuerza propulsora de los años iniciales que yo sentí en mi mocedad, extendida e intensificada después por los estudiosos y por el anhelo de saber de los hombres. Le doy así a esto, a la Universidad en sí misma, en cuanto es capaz de mejorarse, el significado de un homenaje vivo y permanente de lo que es a lo que fué, no como entidades diversas sino como etapas distintas de una misma vida o momentos de avance de un solo impulso.

Son llenas de verdad las palabras de Emerson, en sus “Hombres simbólicos”, “lo que es bueno es eficaz y es generador”.

Esto es aquello. Es decir, esta idea es aquella idea; esta aspiración al mejoramiento de la cultura pública es aquella aspiración a la cultura; esta esperanza — porque la mejor de las realizaciones debe encerrar siempre una esperanza — es aquella esperanza, aquella cosa recién creada, aquella Universidad que los muchachos deseábamos alcanzar para ser más grandes, para ser más dignos, para ser más hombres.

Yo recuerdo que me inscribí en mis diez y seis años; ahora me apercebo por qué la casa pobre, casi miserable, de aulas frías, con sillas destartadas, no me impresionó mal ni a mí ni a ninguno. Llevábamos un afán ideal; y después... Después la casa tenía calor hogareño; después, qué nos importaba aquello, si en la tribuna del estrado enseñaba don Zenón Martínez su profunda ciencia y su profundo amor a la juventud; si en la tribuna hablaba don José Galiano, el civilista eximio, atento siempre al movimiento de las ideas en el mundo, con aquella su manera áspera de accionar como si quisiera fijar más fuertemente en nosotros los grandes principios; si en la tribuna hablaba el doctor Juan B. Siburú, tranquilo y penetrante y el doctor Mariano A. Quiroga, el maestro viejo y nuevo que nos enseñaba jugando y Julián V. Pera, después Ministro de la Corte Suprema de la Nación, elocuente y profundo y José A. Gómez con aquella su palabra desbordante que parecía no darle abasto a la producción fecunda de su inteligencia y el doctor Lanza y Castelli, claro y sabio, claro porque era sabio y Ramón J. Lassaga, el historiador, el periodista, el tribuno, el poeta de quien no debiera acordarme porque llevo su sangre, pero de quien no puedo olvidarme porque corro el riesgo de ser injusto por querer ser prudente, y tantos otros.

Esta idea es aquella idea.

He querido traer este recuerdo para hacer una observación tal vez profunda. Le asigno a la invitación que he recibido del señor Rector, una intención trascendente de cultura. Ha querido dar con mi intervención en estos actos, no la impresión de realidad legal de que la Universidad de Santa Fe se transformó en la Universidad del Litoral, sino la idea de continuidad de la vida social, de estrecha y permanente vinculación histórica y con ello la idea de la unidad argentina en el tiempo. Esto es una cosa seria. Tal vez el factor más serio de cultura, de que carecemos.

El progreso material argentino ha sido tan rápido, tan ventiginoso, que parece que hubiera forzado, dislocado el tiem-

po y puesto las generaciones sucesivas en épocas distantes, separadas por un vacío de humanidad y en la que cada una debiera vivir, trabajar y morir en “su espacio”, independiente, con una despreocupación y una incapacidad de trascendencia.

Corremos el riesgo de trabajar sin eficacia sobre la cultura, independizando y aislando el esfuerzo de las generaciones; y sobre todo corremos el riesgo de perder las grandes calidades, que otros tiempos, más unidos, más pobres y más lentos, crearon como un haber autóctono en el espíritu de los hombres.

Yo he creído siempre, mirando la historia de Argentina, en la intimidad de su vida social, que es donde se prepara el alma colectiva para los hechos, que se percibe sin esfuerzo la formación americana de un espíritu o de un tipo de hombre nuevo, igualitario y justo, libre y altivo, con una dignidad a veces equivocada pero existente.

Así se explican aquellas cosas extraordinarias de la historia nuestra, que se repiten, que se unen en el tiempo como una expresión de continuidad; así se perciben los hechos heroicos y los actos civiles. Así parecen efectos de una misma resonancia aquella revolución santafesina de 1580 y los artículos de la Constitución provincial de 1819 que inspiró Estanislao López y que dicen: “Todo americano es ciudadano”. La ciudadanía del hombre nuevo — comento yo. — “La soberanía reside en el pueblo”. La soberanía del hombre libre.

Dónde estudiaron esos hombres? Este pueblo sin libros parece haber señoreado tres siglos para escribir sus normas. Su vida fué anterior al derecho y el derecho que escribió después, la expresión de su vida, de sus inclinaciones. El alma había adquirido de la tierra un norte, un rumbo. No estaban escritas las normas pero ya había normas y disposiciones interiores.

Yo he llegado a pensar, que no rige para nuestra América, en este orden de la cultura, aquella rotunda y desconcertante afirmación de Ortega y Gasset, de que carece de ideas el hombre medio de nuestro tiempo; en cuanto lo que él con-

sidera como idea, no puede servir de base a la posesión de una cultura.

Si encontramos la mejor definición de este vocablo en el concepto de la adquisición de una capacidad o una tendencia del espíritu a pronunciarse en una determinada forma, tenemos que reconocer que hay en los países de América especialmente en Argentina y mas especialmente en este Litoral, en cuyo centro histórico nos encontramos, una disposición radical, congénita en el hombre hacia la posesión y el goce de la libertad; libertad en el sentido de ejercicio posible de los atributos humanos y de vida reglada por el derecho.

El reconocimiento de esos atributos tiene, en Europa, después siglos de servidumbre, el significado de una conquista en guerra. El hombre tiene que cercenar el poder del soberano para adquirir un derecho. La libertad humana es un término antinómico del poder del Gobierno. Ya Tácito hablaba el año 100 de esas dos cosas "que parecen incompatibles: el poder y la libertad".

Mil años pasaron y recién los Barones del rey Juan arrancaron, a pesar de la dulzura de su preámbulo, la Carta de las libertades. Qué mínimo de reconocimiento humano y sin embargo qué brecha abierta para las futuras conquistas! Juan Sin Tierra debió quedarse taciturno y los Obispos y los Barones insatisfechos. Esa es allí la lucha de los siglos. Alguien ha dicho que la historia humana es la historia de la brega del hombre por su libertad. La libertad es allí asunto de doctrina y término de agresividad. La condicionaron los eruditos y la soñaron como un delito los pueblos. Por eso se pensó allí en el nihilismo y en el anarquismo, fórmulas enojadas de la libertad.

No podemos aquí hacer historia, pero no nos olvidemos que a cinco siglos de distancia, como uniendo en dos actos trascendentales la permanente agitación espiritual de los hombres, el pueblo francés tumba un trono y afirma y define en el orden político los derechos del hombre y del ciudadano.

Sin referirnos a la visión dolorosa de la Europa de nues-

tros días, podemos decir que de este último hecho han pasado 150 años y que aún andan los Barones de Juan Sin Tierra golpeando las puertas de los palacios de los reyes o de los parlamentos por una libertad más organizada y garantida.

El antagonismo de los conceptos fué y es allí substancia radical en el hombre.

Nosotros tuvimos la suerte de venir después y de venir aquí. Nada hay absoluto en los términos del desenvolvimiento humano. No podemos negar que Europa nos ha dado los fundamentos de su civilización, pero es necesario que nos demos cuenta clara de que América ha ido creando el hombre nuevo, talvez desde el 13 de octubre de 1492; el hombre que en un panorama sin límites, señorea la tierra y agrandándose como hombre, se crea, por efecto de su esfuerzo válido y fecundo, una dignidad antes insospechada y que en un horizonte espiritual, sin más freno que un cristianismo formal, señorea su libertad de pensamiento y de acción sobre la vida.

El hombre argentino, sobre todo en estas regiones litorales fué más numeroso que el conquistador, apenas habían pasado cincuenta años de la conquista.

Voluntarioso y decidido deseó y alcanzó el poder desde tiempos lejanos y al poseerlo comprendió sin duda que esa posesión era la obra de su dignidad; que era posible desear ser libre y tener conciencia de la idea de necesidad del poder; que era posible armonizar los dos conceptos antagónicos del mundo antiguo, los de autoridad y libertad y más aún y talvez más trascendente, que el poder debía ser el resultado del ejercicio de la libertad.

Por todo eso el concepto de la democracia es distinto en Europa que en América; por todo eso allá es término de un antagonismo y crea una clase; por eso acá es prenda de paz y abarca la totalidad de los hombres; por todo eso han nacido veintiuna repúblicas en el Continente.

Ese sentido nuevo, americano, que yo no puedo entrar a fundar en detalles históricos, porque esto no es una clase sino

una tribuna de sugerencias, es lo que nos toca cuidar como el patrimonio más valioso de nuestro espíritu.

No nos ha sido raro ver dividirse la opinión respecto de muchos asuntos sociales por la incompreensión total del sentido histórico de nuestra vida o la despreocupación de ese sentido como término de perfeccionamiento. Por un lado una opinión estática, contemplando el pasado estático, en un estado espiritual de veneración intrascendente; por el otro una opinión alocada y ligera, creando formas o adoptando actitudes a título de progreso sin apercebirse de que obraba a título de irresponsabilidad.

Estas cosas son una deformación de la cultura inicial y urge que nos preocupemos de ellas.

Deliberadamente he llamado a lo nuestro, un sentido americano, porque no es obra de la doctrina, porque casi no es una idea, sino, permitidme la expresión, una adquisición orgánica, que está en el hombre de estudio y en el hombre de la calle; y dejadme que os diga señores profesores, que os lo diga como un gesto de amistad intelectual y de solidaridad patriótica, que está tal vez más fuerte en el hombre de la calle, por la razón fundamental de que está más puro, de que no lo ha menguado ni lo ha puesto en tela de juicio el estudio ni la meditación, ni el espíritu de crítica ni el esnobismo científico ni nada, y que teniendo la dureza del diamante sin pulir, tiene la importancia inestimable de las cosas que con valor en sí mismas, son capaces de valorizarse con el trabajo.

Yo quiero referir a ustedes un episodio que tal vez aclare más el alcance de estas ideas, sobre las cuales conviene recalcar para comprender y amar la obra de nuestros muertos.

Hace varios años me visitó para conocerme y hablar de muchas cosas, un abogado joven de Rosario, hijo de un exquisito amigo el Dr. Casas. En el curso de nuestra conversación me preguntó si había leído a Kelsen (se refería al Libro Esencia y Valor de la democracia) y después de ponderarme el esfuerzo del profesor alemán, me preguntó mi juicio. Yo le contesté estas palabras: Hace una semana que terminé de leerlo, pero todo

eso hace mucho tiempo que yo lo “sabía”, porque lo llevaba desde muchacho, hombre de América, como un gran sentimiento, en mi corazón. Mi joven amigo, muy inteligente, me dijo: “Hace usted una sugestión interesante”.

Podrán universalizarse las teorías, pero cada hombre o cada pueblo saca beneficio de las buenas, según su capacidad de asimilación. Hay una evidente ventaja en nuestra América y sobre todo en nosotros, sobre los pueblos teorizantes de la libertad. La nuestra está en la sangre de los hombres y en el ambiente telúrico. Toda concepción ideal que la concrete o que la explique en la pureza pristina de las ideas, encuentra aquí la acogida cordial de quien sabe comprender y amar. Es por todo esto sin duda, que Paúl Valery, una de las cumbres del pensamiento francés contemporáneo, ha podido decir, con motivo del último aniversario de su revolución, estas palabras de oro, que nosotros valoramos como una confirmación de nuestro valor histórico: “Una América más prudente, más libre, más confiante que nosotros, ha recogido lo mejor de nuestras obras. Ustedes hombres argentinos, no trabajan para ustedes solos sino también para nosotros, para que no nos parezcamos del todo y en el momento actual para que sintamos que existe, más allá del horizonte, un pensamiento, una comprensión, una similitud, una potencia de perduración y desarrollo; en una palabra una certidumbre de salvación para la libertad del espíritu”.

Una potencia de perduración y desarrollo! Ese es el valor inestimable de nuestro acervo íntimo, potencia que ha de durar y que puede desarrollarse.

He aquí un objeto de estudio digno de los profesores universitarios, porque son ellos los que tienen con el derecho de enseñar, la responsabilidad de elevar cotidianamente, hacia un real perfeccionamiento, nuestra cultura general.

Y a esa potencia que ha de durar y que puede desarrollarse, hay que estudiarla en lo profundo de la vida nacional, no para “saberla”, sino para asentar sobre el saber la obra

de perfeccionamiento y dirección que corresponde a los que piensan.

Yo encuentro en nuestra Universidad el material y la legislación necesarios para cumplir el fin social de la divulgación de las ideas, que fué una aspiración del Consejo Superior universitario que tuve el honor de presidir en la Universidad de Santa Fe y que llegó a concretarse en una ordenanza. No concibo la Universidad aislada en un extraño mundo científico y no la concibo no sólo por razón de una tendencia a comunicarse, propia de mi espíritu, sino también por un motivo de observación de la vida argentina.

Nuestras universidades han sido hasta no hace muchos años, centros de estudio, grandes centros de estudio, dignos de los países más cultos, pero cerrados al mundo de la calle, herméticos para ese anhelo de saber que ha poseído el espíritu de los hombres.

De ahí salió la "élite" intelectual que irradió según el temperamento de sus componentes, su luz sobre las ideas generales, pero de ahí salió también el profesional, ese tipo de hombre peligroso para la ventura de los pueblos, encastillado en "su ciencia", sin el alma abierta a la visión de la calle cercana que da el material de más altos valores y de más opimas cosechas, el profesional, el de la ciencia circunscripta, bueno para ganar el pan nuestro de cada día, pero insuficiente para llenar la misión de una vida.

Yo creo que esta Universidad con el Instituto de Extensión universitaria y el de Investigación de las ideas políticas, inteligentemente dirigidos, puede realizar una labor de cultura profunda y extensa, capaz de contribuir a la formación de las ideas generales.

Quiero dejar la constancia de mi aplauso para esta obra.

Pero señores, tengo la impresión de que he hablado demasiado y empieza a llegar a mis oídos, desde el fondo de mi conciencia, esta frase grave y jovial de un agudo escritor contemporáneo: "la palabra es un sacramento de muy delicada administración".

Solamente he querido desde mi posición un tanto lejana de ex-rector de la Universidad de Santa Fe, acercar el pensamiento de una generación al pensamiento de otra generación, con el sentido patriótico de contribuir, en lo que yo pudiera, a formar la conciencia de unidad espiritual de la patria en el tiempo.

Señor Rector: entre las cosas que guardo como evocadoras — todos sabemos el poder del espíritu para escuchar el habla de las cosas —, está este objeto de aspecto insignificante: es la lapicera con que el Dr. Gálvez firmó la ley de creación de la Universidad.

Yo la recibí en obsequio, del doctor Ramón J. Lassaga, el día en que fui elegido por el claustro universitario, que era la asamblea general de profesores, Rector de la Universidad. El la guardaba con la visión segura de que aquella obra había de florecer en grandeza y honor del país.

Os la entrego señor, que ya os corresponde como parte del historial de este instituto.

Y ahora señor Rector os deseo, que esta Universidad sea cada vez más eficaz en formar hombres, en formar el hombre en la variada y completa capacidad de su espíritu; el hombre capaz de idear ante las cosas, de emocionarse ante lo bello, de amar su pueblo, de indignarse ante la iniquidad, de cuidar un árbol y extasiarse ante una flor.

JULIO A. BUSANICHE

